



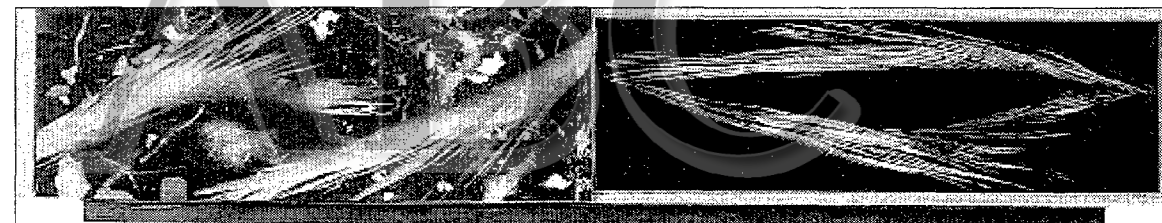
«Atocha»
(130 x 89)

MONTESOL

Galería Jorge Albero
Claudio Coello, 28. Madrid
Hasta el 20 de noviembre
De 90.000 a 670.000 ptas.

A quienes no conozcan el proceso de Javier Balles-ter Montesol (Barcelona, 1952), posiblemente les desconcierte la obra que actualmente realiza sobre el paisaje urbano de Madrid, al que aplica una expresión colorística dinámica, plasmada con trazo rápido, casi como en un repentinización pictórica, de fillación «fauve» ¿Es Montesol, un posfavuista? Creo que no. Estamos, más bien, ante un pintor que viene de otro «territorio» y que está atravesando por una etapa de color decorativo y de dibujo elegante —que a veces recuerda a Matisse y a Raoul Dufy—, color y dibujo asumidos con consciencia de provisionalidad. Así, en unas declaraciones publicadas en 1992 Montesol se consideraba «todavía un neófito», y lo único que pedía era «diez años de trabajo, diez años de confianza» para definir su concepto y su lenguaje de pintor. Efectivamente, Montesol viene entrando de manera progresiva en los dominios de la pintura. El primer giro de su andadura artística se produjo en 1972, cuando abandonó sus estudios de ciencias económicas y fundó «STAR», una de las primeras revistas «underground» españolas, en complicidad con Nazario, Mariscal y otros miembros del grupo «El Rollo Enmascarado». Al año siguiente publicó sus primeros álbumes de cómics, a lo que fue añadiendo su participación en «happenings» y espectáculos, además de colaborar en las revistas «Víbora» y «Bésame mucho». Su lustro de oro en el «cómico» se produjo entre 1981 y

1985, con la edición de álbums como «La noche de siempre», «Destino gris», «Fin de semana» y «Vidas ejemplares», que le valieron el reconocimiento. Una segunda vuelta de tuerca profesional tuvo lugar en 1982, cuando Montesol conoció a Jean Pierre Guillemot, fundador de la experiencia del «Supermercado», un sistema de mercado del arte basado en vender mucho y muy ba-



Libro nº 641. «Himno» (233 x 687 x 28), de Miguel Ángel Blanco

rato, establecido en Barcelona, Madrid y Valencia. Montesol se animó a practicar la pintura, probó fortuna en el «super» y cosechó un éxito inmediato. Practicaba entonces una obra muy atrayente, mezclada de dibujo fuerte y manchas de color. Es a partir de 1989 cuando su obra pictórica se independiza del comic y entra en una fase narrativa bastante peculiar (con curiosos influjos de Torres-García), que —incomprendiblemente para mí— ha abandonado a partir de 1993, para emplearse en este posfavuismo «de transición», en el que lo más apreciable son sus tauromaquias —la serie «San Isidro»— y algunas otras vistas ciudadanas muy deshechas, como las dedicadas a la Castellana de Madrid. En cualquier caso, y con la trayectoria apuntada, hay que esperar una pronta sorpresa en el proceso de este artista de biografía diferente, empeñado en una pintura recuperadora de lo decorativo. —J. MARÍN-MEDINA

MIGUEL ÁNGEL BLANCO

Galería María Martín
Pelayo, 52. Madrid
Hasta el 1 de diciembre
De 75.000 a 800.000 pesetas

DESDE 1986, año de su primera exposición individual, Miguel Ángel Blanco (Madrid, 1958) realiza una obra cuidada y solitaria que, por su ausencia de referentes, corre el peligro de quedar momentáneamente marginada por corrientes artísticas más transitadas.

Pese a obtener algunos de los premios de mayor prestigio, su escasa presencia en muestras colectivas —sorprendente— tiene un inevitable doble efecto: refuerza la intensidad de sus individuales y retrasa el conocimiento real de un proyecto que ha definido casi desde sus inicios, especialmente desde que, en 1980, se establece en Cercedilla y opta por una reflexión drástica y solitaria, con la naturaleza y el taller por argumentos.

el feliz momento que atraviesa este artista. Miguel Ángel Blanco se refiere a sus obras como «imágenes del viento» y asegura que «fueron provocadas por el temporal de viento y nieve que azotó la Sierra del Guadarrama en el invierno de 1996, del 20 al 22 de enero». El resultado es una serie de sus libros en la que, como si de nuevas cajas de Pandora se tratara, detiene auras, efectos y rumores del pulso de la naturaleza.

En contra de lo que practican otros artistas de su generación, evita lo escenográfico y se sirve —otra atractiva novedad— de conceptos cuya sencillez parte de la claridad con la que se asumen. Junto a los libros, dibujos cerrados, sólidos, con algo de imágenes nocturnas, efectos del fuego o su resplandor, en los que da protagonismo a la huella dejada por la materia que arrastra el viento.

Existe para Miguel Ángel Blanco una connivencia con los materiales que, sin embargo, no termina en su elogio: se mantienen como

Un proyecto que adquiere pleno sentido cuando, en 1985, inicia la «Biblioteca del Bosque», una serie de libros-cajas-objetos, que actualmente se acerca a los setecientos volúmenes. Una serie de la que ha ido mostrando pequeños fragmentos, como hilo conductor de sus exposiciones; y que se asomó a la Biblioteca Nacional el pasado año, en un guiño que recordó la conveniencia de que se realice una muestra amplia, que sitúe el peculiar mundo y la obra de este artista solitario, voluntariamente apartado de los círculos de moda.

En pocas ocasiones queda tan claro el poder seductor de su trabajo como en la muestra con la que inaugura sus actividades de la galería María Martín.

La limpieza del montaje y lo atractivo del espacio contribuyen a dar una grata impresión de serenidad en obras que transmiten intensidad, inquietud, fulgor interno. Un encuentro entre equilibrio plástico y tensión interior que explica

instrumento, nunca como fin. Se aprecia perfectamente en «El temporal libera las auras», un libro clave, de seductora quietud, con el que se abre la exposición. Los objetos (cortezas de pino y plátano) parecen suspendidos sobre la parafina, en una idea de estabilidad que tiene la complicidad de la imagen paralela, un grabado de calidades sutiles.

La muestra prosigue con libros cada vez más densos, más negros, más sólidos y matéricos, en los que el rumor de la naturaleza hace las veces de fondo, mientras unas ramas o unas plumas definen el motivo, su movimiento interno.

La serie tiene algo de descenso, de entrada en una cueva que es un mundo personal y poético, del que se nos insinúan algunas claves de acceso. Y el colofón es una cortina-panel de dibujos con algo de activos «rayogramas» a los que, no sin eficaz humor, Miguel Ángel Blanco denomina «aurografías». —M. FERNÁNDEZ-CID